

Asamblea del «Centro de Estudios filosóficos» de Gallarate

Se celebró el 3, 4 y 5 de setiembre de 1970 la XXV Asamblea de Profesores universitarios italianos de Filosofía, reunidos cerca de Milán, en el Centro de Estudios Filosóficos de Gallarate.

La sola mención de que la reunión de esta Asamblea anual, lleva veinticinco años por delante, dice mucho en favor suyo. Dice que no se trata de algo superficial como un fogonazo momentáneo, que llamase la atención unos instantes y luego se extinguiese, sino de un movimiento intelectual que tiene efectivamente algo que decir al mundo filosófico de hoy; movimiento con cohesión doctrinal y agradable por el sentimiento de camaradería que hay entre sus componentes. Caben muchísimos matices y sistemas entre los que solemos participar en este «Convegno»: hay pensamientos en que prevalece la inspiración agustiniana; otros en que descuella más la raigambre rosminiana; algunos que (en pos de cierta concomitancia metodológica con el método de análisis trascendental kantiano esbozado por Maréchal) replantean su problemática filosófica dentro de un marco metafísico; hay tomistas de los más variados matices, desde los que se ciñen a una hermenéutica de Santo Tomás y aceptan la sistematización del llamado neotomismo, como también los que lo interpretan y sistematizan dentro de la síntesis de Suárez (entre los cuales me considero incluido); y lo mismo podría decirse de otras tendencias. Pero lo interesante es que todo ello se mueve dentro de las grandes tesis fundamentales de la Filosofía Cristiana y con un alto nivel intelectual que realzan el valor de estas Asambleas de Gallarate. La publicación anual de un tomo con las comunicaciones leídas y discutidas, muestra lo que queda para la Filosofía, de estos trabajos, que en repetidas ocasiones se habrán de consultar.

El tema de este año llevaba el título de «Filosofía y Religión», sin más especificar; tema tan amplio, como se ve, que se prestaba a los más variados puntos de enfoque. Esta amplitud quedaba ya algo más ceñida a través de las Relaciones introductorias, que este año fueron confiadas a los Profesores F. Battaglia, J. Guitton, A.

Guzzo y P. Henrici, cuyos textos impresos, nos fueron enviados previamente.

El ilustre Profesor F. Battaglia, acentuó el doble rostro que tiene la fe: uno absoluto, otro histórico; fe que, radicada en la historia, desemboca en la eternidad. Ninguna absorción de Filosofía por la Religión, ni de la Religión por la Filosofía: los valores con su carácter absoluto, tienen su zona filosófica, religiosa, de teología de la fe. Hay «una filosofía que, siendo religiosa, aspira también a ser, y a ser tenida, como cristiana», que llena así límites y espacios vacíos, dejados por cubrir. A esto añadió, no olvidar el sentido del «misterio»: «Se trata de términos no comprobables dentro de los acostumbrados procedimientos del empirismo, que sin embargo son indudablemente términos de experiencia bien precisa y precisada. El mundo de lo numinoso se abre al infinito, nos hace dependientes de él, en la estructura del espíritu, en una estructura radical y última revela Otro y de él depende; pero todo ello comporta no la vaguedad de un razonamiento inefable, sino una experiencia abierta a todos, una apertura realísima en el coloquio, cierta, concreta, en la verdad del ser que sepa ser persona».

La relación del conocido profesor Juan Guitton, no se ajustó exactamente a lo que previamente había sido impreso y comunicado a todos, a causa de una reflexión ulterior que le hizo precisar (y hasta retocar) sus anteriores conclusiones.

Después de un recorrido histórico en que ponía el acento sobre la conveniencia de un proceso que podríamos llamar más bien «inductivo» para subir a Dios (al estilo de Bergson y Blondel), presentó en su conclusión final, bastante pesimista, una doble hipótesis que prevé para el porvenir: que se realice «lo peor» o «lo mejor». Lo peor sería una descomposición interna de la Filosofía y una crisis interna de la Religión: una alianza bastarda entre ateísmo y catolicismo; una posición proclive a la mitología, predispuesta a ver en los hechos y dogmas de la fe sólo un símbolo de una realidad *enteramente inaccesible al pensamiento*, o sea, una mera proyección de la voluntad humana. Citó las palabras (muy expresivas de esta mentalidad) de un ateo que decía: «acepto todo el Credo, menos una frase: *sub Pontio Pilato*». Lo mejor sería, en cambio, una purificación: nuestra Filosofía ha de ser purificada para darle una configuración de pirámide, cuyas diversas líneas apuntan al mismo vértice. Así tras la crisis, el acuerdo se anuncia más perfecto. Hasta si hay crisis de cantidad, saldrá (como del «resto» bíblico) un renuevo de calidad, en que el cristianismo reúna todas las verdades parciales y auténticas, como en los grandes tiempos de síntesis de S. Agustín y Sto. Tomás. Para darnos este mensaje, no había acudido aquellos días al sepelio de Mauriac y había venido a Gallarate.

En la discusión que siguió fue interesante entre otras, la intervención del Prof. bordelés Joseph Moreau, el cual hizo notar la parte de experiencia religiosa vivida, que ha habido en los filósofos, entre

ellos, en Bergson, cuya madre era muy religiosa. No le contradujo el Prof. Guitton, sino recordó que al quemar su hija todos sus escritos inéditos (por orden del mismo Bergson) guardó un antiguo cuaderno suyo, escrito cuando era muy joven, lleno de frases y vivencias religiosas. También la Profesora Rivetti-Barbó intervino, más bien inclinándose a pensar que entre un dilema tan radical como es el que hay entre lo mejor y lo peor, caben muchos matices intermedios, como son los grados de cizaña entre el trigo.

El Prof. Augusto Guzzo, distinguido presidente de la Academia de Ciencias, sacaba por el contrario conclusiones positivas y optimistas de la visión de la crisis (que de hecho presupone total). Es verdad que le da en rostro tanto el «ateo católico», como el «católico ateo»; pero aún hay algo peor: es la total atonía del que ni tiene razón de vivir ni cree en nada; cero de Religión, cero de Filosofía y del «amor vitae». La crisis y la negación, llevan implícitamente una afirmación de cierta búsqueda y amor del bien, como negar que la vida tenga sentido, ya importa implícitamente querer darle, con la misma afirmación negativa, un sentido de explicación: «Cuando la melodía de la esperanza sube a los labios de un hombre, son imprevisibles los desarrollos que pueda tomar. De temas parecidos han nacido grandes sinfonías. Un hombre de ciencia cuando terminó la audición de una de las grandiosas sinfonías de Beethoven, concluyó con esta exclamación: *Bueno, pero ¿qué demuestra todo esto?* En realidad no demuestra nada: todo queda igual, y hasta pueden llegar a prohibir cantar porque distrae del trabajo. Pero la sinfonía recomienza dentro del hombre a quien se ha impedido cantarla exteriormente. También está en el mundo: insuprimible, irrepresible». Entre un máximo y un mínimo, que se echan como lanzadera en la historia, los dos términos del binomio, hay siempre un centro viviente de esperanza.

Tuvo una orientación distinta la relación del joven Profesor de la Gregoriana, P. Henrici. En los dos primeros apartados de su trabajo, estudió el tema históricamente: desde la concepción de los primeros apologistas y de la era patristica, cuando la filosofía pagana era considerada como opuesta a la «verdadera filosofía» o vida cristiana; de ahí pasó a exponer el ambiente medieval, cartesiano, kantiano y postkantiano hasta desembocar en Blondel, al cual deseaba secundar. En los dos puntos siguientes ya tocó el tema propuesto, de un modo sistemático. Ante todo mostró los tres momentos de la acción de Dios sobre el mundo (creación, redención, estructura eclesial) y cómo los dos primeros especialmente, han actuado sobre el hombre, por ejemplo la noción de creación que ha transformado la ontología aristotélica en la de Sto. Tomás.

Ante esta realidad, hay dos procedimientos que se pueden seguir: o el procedimiento de elaborar una Filosofía de la religión cristiana, o el de Filosofía general, conforme con la Fe cristiana. Este parece más fácil pero no lo es. Si se hace un Filosofía general, entonces

ocurrirá hacer *también* una Filosofía de la religión cristiana; y con ello esta última sería meramente una añadidura a un cuerpo doctrinal ya constituido; el dato cristiano pasaría de «fundamentante» a ser «fundamentado»; y queda el peligro de olvidar los aspectos del «misterio», que parecen ininteligibles a la razón, pero no son menos reales y eficaces. El otro procedimiento parte de la comprobación de la mera «posibilidad» de la revelación cristiana y prescinde, de momento, de su función fundante, pero exige una autolimitación del discurso filosófico, de modo que eventualmente pueda manifestarse no sólo fundante, sino fundado; pero partiendo de un punto no exclusivo sino «conglobante», acepta el dato cristiano: «Un inmediato absoluto, o mejor, el Absoluto bajo la figura de la inmediateza, cual se propone por la fe cristiana, podría finalmente resolver aquel titubeo filosófico, revelando su sentido. Así, en este segundo camino, la fe cristiana daría al pensamiento filosófico no sólo un nuevo contenido, sino un determinado *estilo* de filosofar, que en su incondicionada apertura, creemos ser auténticamente filosófico y auténticamente cristiano».

Como se ve, si bien el distinguido Profesor de la Gregoriana no tomaba partido por uno de los dos procedimientos (digamos «clásico» y «blondeliano», para entendernos) no obstante se adivinaban sus preferencias por este último.

A la interesante relación del Prof. Henrici, sólo añadiría, para colaborar, tres observaciones: 1.^a ¿no es verdad que podrían darse en nuestra Filosofía, *los dos* procedimientos a la vez (no exclusión del uno, para construir solamente el otro) de modo que mutuamente se completasen? 2.^a Si no se tomase el procedimiento de hacer una Filosofía en general, válida para todo pensamiento ¿no es verdad que siempre quedarían acusaciones contra nosotros, por haber renunciado a una disciplina, que cultivada de modo quizá desviado, *plantearía continuas objeciones* contra la Filosofía fundada en el dato religioso y revelado, a la cual ésta no podría responder sino usando el mismo método que la otra? 3.^a Si bien nuestra aprehensión de «ser» es absolutamente ilimitada en su *extensión*, no lo es en su *compreensión*. Como es absolutamente ilimitada en su extensión, el filósofo cristiano habrá de mostrar que los misterios son realidades de las cuales no consta con certeza que contradigan lo expresado en la absoluta ilimitación con que aprehendemos el «ser» (es lo que hicieron tantos doctores cristianos en el decurso de siglos); pero por otra parte, como la comprensión contenida en una noción tan absolutamente ilimitada, es siempre capaz de mayor *particularización o enriquecimiento* (sin llegar nunca a definir al singular como singular) podrán precisamente la Relevación y la Fe, darle todo este complemento a que la sola razón humana no puede llegar por ejemplo, con el reconocimiento de los misterios le abrirán nuevos horizontes, y también con la gratuidad del orden sobrenatural.

Siento no poder dar cuenta ahora, de las discusiones que se man-

tuvieron a propósito de estas tres relaciones, ni de las copiosas comunicaciones de los asistentes, llenas de sugerencias y de interés para el futuro desarrollo de una Filosofía «cristiana» y de una Filosofía «del cristiano». En el tomo de las Actas, cuando se publiquen, quedará por lo menos alguna constancia de esto. El procedimiento de completar (que suele ser más eficaz que el de destruir) en nuestro caso es especialmente útil. Quizá podría expresarse con aquella feliz sentencia con que el Prof. Guzzo puso fin a su última respuesta: «Si Augustinus eget Thoma interprete, Thomas eget Augustino auctore».

El Centro filosófico de Gallarate puede felicitarse una vez más por el feliz éxito de su última Asamblea filosófica.

R